

La calle para el viernes 4 de abril de 2008
Diario de un espectador
Tango en la barbarie
por miguel ángel granados chapa

Carlos Gardel murió en un accidente de aviación el 24 de junio de 1935. En ese año la carrera delincencial de Salomón Sorowitsch se hallaba en su apogeo: su habilidad para hacer dinero, no en el sentido metafórico en que solemos emplear la expresión sino para fabricarlo, le permitía gozar de la vida y entre sus disfrutes se hallaba quizá el gusto por la música en general, y el tango en particular. Los tangos de Gardel más específicamente.

Tal vez la suposición de que así era llevó a Stefan Ruzowitzky, el director de Los falsificadores, la película germanoaustríaca que está en cartelera precedida por la fama de haber ganado el Óscar, a colocar como música de fondo de su cinta melodías que, de no haber sido elegidas con acierto, y escogido con igual tino la interpretación, hubieran resultado estrambóticas, fuera de lugar, y no parte bien ensamblada al conjunto. Y es que, además de la coincidencia en el tiempo de la práctica bohemia del falsificador y la extinción de la vida de Gardel, el tango tocado con armónica impregna a una historia que ocurre en medio de la barbarie de un toque de fina nostalgia, de suave melancolía, como la que corresponde al fin de una época. Es ese también el sentido de que figure en la cinta sonora La paloma, como solemos llamar a una habanera presente en la música iberoamericana desde el siglo diecinueve.

El tango que inicialmente presenta Ruzowitzky en Los falsificadores se titula Mano a mano, y es naturalmente obra de Gardel. Su letra sintetiza una actitud retadora y cínica de un macho despechado, que quizá corresponde a la mentalidad de Sally, el protagonista de la película. Aunque su lectura es difícil, porque está infestada (o enriquecida, según se le quiera ver) de expresiones de los barrios bajos porteños (propias del lunfardo, el habla de las pandillas bonoerenses, he aquí la letra escrita por Gardel:

“Rechíflao en mi tristeza, hoy te evoco y veo que has sido, en mi pobre vida paria sólo una buena mujer./ Tu presencia de bacana puso calor en mi nido/ fuiste buena y consecuente y yo se que me has querido/ como no quisiste a nadie, como no podrás querer.

“Se dio el juego de remanye cuando vos, pobre percanta/, gambeteabas la pobreza en las casas de pensión./ Hoy sos toda una bacana, la vida te ríe y canta/, los morlacos del otario los jugáis a la marchanta/ como juega el gato maula con el mísero ratón./

“Hoy tenés el mate lleno de infelices ilusiones./ te engrupieron los otarios, las amigas, el gavión/. La milonga entre magnates con sus locas pretensiones/ se te ha entrado muy adentro en el pobre corazón./ Nada debo agradecerte: mano a mano hemos quedado, no me importa lo que has hecho, lo que hacés ni lo que harás./ Los favores recibidos creo habértelos pagado/, y si alguna deuda chica sin querer se me ha olvidado/ a la cuenta del otario que tenés, se la cargás./

“Mientras tanto, que tus triunfos, ¡pobres triunfos pasajeros!/, sean una larga fila de riquezas y placer./ Que el bacán que te acamala tenga pesos duraderos/ que te abrás en las paradas con cafishos milongueros/ y que digan los muchachos: ¡Es una buena mujer!.

“Y mañana, cuando seas descolado mueble viejo/, y no tengas esperanzas en el pobre corazón./ si te hace falta una ayuda, si precisás un consejo/, acordate de este amigo que ha de jugarse el pellejo/ pa’ ayudarte en lo que pueda cuando llegue la ocasión”.

También se incluye en Los falsificadores otro tango de Gardel, hecho en colaboración con su amigo Alfredo Le Pera. Se trata de Volver, número infaltable en el repertorio de todo tanguero, del que sólo podemos evocar las líneas iniciales:

“Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos van marcando mi retorno. Son las mismas que alumbraron con sus pálidos reflejos hondas horas de dolor...”